

Beguel, académico de Berlín, se atrevió á enseñar en el pasado siglo, que el principio de causalidad, ni era evidente por sus términos, ni podía demostrarse; infiriendo de aquí que no era repugnante el que algunas veces una cosa llegara á la existencia, sin causa alguna y por caso meramente fortuito.<sup>1</sup>

Hume, y nuestros positivistas, juzgaron también, seguramente porque así lo exigen los intereses de la ciencia, que debían combatir el principio de causalidad.

Enseña el primero, que este principio, *lo que de nuevo existe, recibe la existencia de otro*, no puede demostrarse en modo alguno, ni puede acreditarse por los sentidos y la experiencia.

La experiencia, dice este filósofo, lo que únicamente muestra es la coexistencia ó la sucesión de los fenómenos, pero jamás la liga interna y la causalidad de unos respecto de otros.

La experiencia enseña que si se acerca fuego á un leño seco, éste se enciende.

Es lo único que vemos; un hecho posterior á otro.

Pero los sentidos jamás nos han demostrado

<sup>1</sup> Urráburu, filosofía, tomo II, núm. 387.

que el cuerpo ó materia encendida comunique ese fuego á la que no lo está.

Lo que sucede es, dice este filósofo que como siempre que existe un hecho le sigue otro, como siempre que se acerca un leño encendido á otro que no lo está, éste queda encendido, estas imágenes se gravan en nuestra imaginación, se asocian las dos y llamamos á la primera *causa* y á la segunda *efecto*.

Así es que, según él, por causa se entiende un objeto después del cual sigue otro, de tal manera que la presencia del primero induce á pensar en el segundo.

Stuart Mill, el gran filósofo inglés, como hoy se le llama, no se aparte mucho de la teoría de Hume.

Admite, y tiene en gran estima, el principio de causalidad, según el cual todo lo que comienza á existir tiene causa; pero niega que entre la causa y el efecto haya liga secreta.

Según él, se entiende por causa, cierto antecedente, después del cual se realiza ó viene de un modo constante otra cosa.

Entiende por antecedente el conjunto de condiciones positivas y negativas que, una vez reali-

zadas, ninguna otra se requiere para que se verifique otra cosa.

Así, por ejemplo, para obtener que un leño se encienda se requieren tres cosas: fuego, leño y aproximación del fuego al leño.

Vulgarmente, dice aquel filósofo, al último requisito, á la aproximación del fuego al leño, es á lo que se le llama causa; pero esto no es verdad, agrega, porque no es la aproximación del fuego al leño lo que hace obtener la combustión del leño, sino el concurso de todas ellas.

Y no sólo el concurso de esas condiciones que son las positivas se requiere, según el filósofo, para obtener la combustión: se requiere la ausencia de impedimentos, de elementos contrarios que pudieran impedirlos.

No basta acercar una bujía encendida á otra apagada, para que esta se encienda: se requiere que no haya una corriente de aire que impida la combustión de la bujía apagada.

De modo que, según el filósofo inglés, el antecedente es el concurso de causas positivas y negativas. He aquí la teoría de la escuela positivista.

No es por cierto nueva, como sus autores lo pretenden.

No es una creación de su genio: es la consecuencia de los principios que proclamara la vieja escuela de los escépticos: es la reproducción de la tesis del jefe de esta escuela, cuando hizo su entrada en Roma para propagar más errores de los que ya se enseñaban en aquella ciudad, que había de ser, al aparecer el cristianismo, el centro de la vida de las almas.

Con esa teoría niegan los positivistas la existencia de la causa primera: niegan la existencia de Dios.

¿Pero esta teoría es correcta?

¿Es admisible?

La respuesta á estas preguntas será el objeto del siguiente brevísimo estudio.

---

Para demostrar lo absurdo é impío de la teoría positivista, necesario es probar la certidumbre absoluta del principio de causalidad y hacer patente que la noción de causa responde á una realidad que nadie, más que los positivistas, pueden poner en duda.

El principio de causalidad, base de nuestras

anteriores demostraciones, sobre la existencia de Dios, se enuncia en estas formas: *Todo lo que se hace, tiene causa; no hay efecto ni causa; y restringiéndolo á la causa eficiente, todo lo que comienza á existir, tiene una causa eficiente.*

La verdad de este principio es indiscutible.

Todo lo que ha comenzado á existir, antes de que existiera, era meramente posible.

Esto es evidente, porque lo que no existe, ó es imposible y repugnante ó es meramente posible.

Y como lo que ha comenzado á existir, no era imposible ó repugnante, porque entonces no hubiera llegado á la existencia, síguese, sin esfuerzo, que lo que ha comenzado á existir, era, antes de su existencia, meramente posible.

Lo meramente posible, no puede venir á la existencia, si otro ser no se la comunica.

Lo meramente posible, por el hecho de serlo, es indiferente para existir ó para no existir: de otro modo existiría necesariamente, es decir, habría existido siempre, y por eso mismo ya no sería meramente posible.

Lo que es del todo indiferente para existir ó no existir, no puede llegar á la vida, si otro no lo determina.

Luego lo que es meramente posible, no puede existir, si no recibe la existencia de otro.

Luego lo que ha comenzado á existir, ha tenido causa.

El principio es evidente.

Otra demostración.

Lo que comienza á existir, tiene algo nuevo que antes no tenía, á saber la existencia.

Eso nuevo que antes no tenía y ahora tiene, ó lo tiene porque él mismo se lo dió, ó porque se lo dió otro.

En esta disyuntiva no hay medio.

Eso nuevo, esa existencia, no ha podido dársela él mismo, es decir, ese ser meramente posible, como lo era antes de recibir la existencia.

No se lo podía dar, porque cuando era puramente posible, era la pura nada, en la naturaleza de las cosas.

Y la pura nada, como nada es, ni nada tiene, no puede dar la existencia.

Es decir, de la pura posibilidad no puede brotar, como una flor, la existencia.

Si pudiera brotar de la mera posibilidad, la existencia, todos los seres posibles existieran, ó no habría razón para que unos existieran y otros no.

Por otra parte, lo posible es menos que lo existente.

Si de lo posible brotara la existencia, lo menos produciría lo más.

En fin, lo indiferente para existir, como es lo meramente posible, se determinaría á la existencia, sin ninguna razón bastante.

En una palabra; el ser meramente posible, se convertiría en un ser necesario.

Tales absurdos, los rechaza indignada la razón, luego es evidente que lo que ha comenzado á existir, tuvo una causa que lo llamó á la vida.

En consecuencia, el principio de que no hay efecto sin causa, de que lo que ha comenzado á existir, tiene una causa eficiente, reviste tal certidumbre, que ningún entendimiento humano la puede desconocer. Tampoco puede ponerse en duda la realidad de la noción de causa.

El principio de causalidad, si es verdadero, como lo es, según acaba de demostrarse, prueba evidentemente que dado un efecto, preciso es que exista una causa.

Los efectos aparecen en el mundo; á nuestra vista se realizan mudanzas, como lo atestigua una experiencia diaria y casi continua.

Estas mudanzas son tránsitos del no ser al ser.

Luego necesitan, para verificarse, una causa, no como la fingen ó inventan los positivistas, sino tal como la ha reconocido el género humano, y de la que aquellos se burlan, con impudente osadía.

Cualquiera conoce por el testimonio de su íntimo sentido, que hace algo, cuando mueve la *pluma* y *escribe*, cuando mueve la *lengua* y *habla*, cuando levanta *algún peso*, *entiende*, *quiere* y con el uso de su inteligencia y el imperio de su voluntad supera todos los obstáculos para alcanzar algún fin, para obtener victoria sobre su enemigo, para edificar una casa, para escribir un libro.

¿Quién podrá poner esto en duda?

¿Podrá darse el movimiento de la pluma sin que haya quien la mueva? ¿escritura, sin quien escriba? ¿habla, sin quien hable? ¿victoria, sin vencedor?

Sentimos íntimamente y casi palpamos que muchos actos y fenómenos dependen exclusivamente de nuestra actividad, de nuestra industria, de nuestro trabajo, de nuestro empeño, de nuestra diligencia; y con asombrosa claridad, distinguimos, las cosas que dependen de nuestra acti-

vidad, de aquellas en que somos puramente sujetos pasivos.

Qué, ¿no sienten los positivistas cuánto distan *dar* de *recibir* una bofetada; *herir*, de *ser herido*; despojar, de ser despojado?

Luego el testimonio de nuestro sentido íntimo invenciblemente manifiesta en nosotros, no una mera coexistencia y sucesión de actos y fenómenos respecto de los cuales somos únicamente seres ó sujetos pasivos, sino también una verdadera actividad respecto de muchos acontecimientos, y por lo mismo una verdadera razón de causa y efecto, ligados por un vínculo interno.

Esto mismo hace patente la experiencia externa.

Ninguno puede poner en duda que los caballos que tiran un carro, los canteros y albañiles que levantan un edificio y en general los artífices que ejecutan alguna obra, no son simplemente sustancias ó condiciones antecedentes ó concomitantes de sus obras, sino verdaderas causas que les comunican el ser.

De otro modo, para tirar el carro, bastaría ligar los caballos á la lanza, y no se buscarían los más fuertes para arrastrar pesos mayores, y no se

solicitarían artífices más peritos, y no podría explicarse por qué lo que no puede uno lo puede otro.

Todas estas cosas están proclamando la existencia real de la causa.

Si no se concede que la noción de causa es real, no podrán atribuirse ciertos actos y fenómenos á causas determinadas.

Y así la obra que se intitula *Sistema de Lógica*, publicada bajo el nombre de Juan Stuart Mill, no podría decirse que es de él, según sus teorías de causa, por más que se haya sentado y, mojando su pluma en tinta, la haya aplicado al papel que tenía en su presencia: habrán aparecido las letras; ellas revelarán grandes y profundos pensamientos; pero estas obras estupendas son un simple consiguiente: el es un antecedente y no una causa.

Los maravillosos cuadros de Rafael, la cúpula de San Pedro, los triunfos gloriosos de Napoleón, no son de Rafael, ni de Miguel Angel, ni de Napoleón, porque ellos nada hicieron, si hemos de aceptar las teorías del positivismo.

Ridículo sería el sistema de los positivistas, si no fuera espantosamente impío.

Si no hay causas, no hay causa primera, al menos, distinta del mundo corpóreo que percibimos con los sentidos; lo que por otra parte no se horrorizan de admitir los positivistas, aunque retienen la palabra *Dios* y otras de las cosas que á Dios se refieren.

Si no hay causas, á nadie podrá imputarse ninguna acción: no habrá virtudes, ni crímenes, ni depravados delitos.

Inútilmente se acumulan alabanzas sobre los hombres por sus hechos esclarecidos.

Injustamente se castiga á otros por los crímenes que, á juicio de las gentes vulgares, han cometido: en realidad, á los ojos de los sabios, ni los cometieron, ni han podido cometerlos.

A los sirvientes y á los artesanos no debe remunerárseles su trabajo: nada han hecho; sus servicios no son obra de ellos; son el purísimo consiguiente de ellos, que son un mero antecedente.

Todo el orden moral quedaría destruido.

El hombre de nada es causa: es una ocasión ó una condición, á cuya presencia, no se sabe por qué, aparecen sus obras.

A esto conduce la teoría del positivismo.

Si no fuera tan inmoral, sería ocioso refutarlo: el ridículo sería su condenación.

Necesario es proclamar que no hay efecto sin causa; que lo que comienza á existir ha tenido causa suficiente y que las pruebas de la existencia de Dios, apoyadas en este principio, son evidentes.

---

No puede ponerse en duda, dadas las demostraciones rápidamente desenvueltas en los artículos que preceden, que la noción de causa es real y que el principio de causalidad reviste los caracteres de la evidencia.

El principio de causalidad, *no hay efecto sin causa*, es de veras un axioma.

Para convencerse de ello basta fijar la atención sobre las ideas que en esa proposición se contienen.

“Consideremos una cosa que es, dice Balmes,<sup>1</sup> y trasladémonos al tiempo que no fué. Prescindamos de todo lo que no sea ella misma, no supongamos ningún otro ser que la pueda haber

<sup>1</sup> Filosofía fundamental, tom. II, cap. IV.

producido ó que tome parte en su producida, yo afirmo que evidentemente vemos que el tránsito al ser, no se haría jamás. De la idea pura del no ser del objeto, no sólo nos es imposible hacer salir el objeto, sino que vemos evidentemente que no saldrá jamás. No hay ser, no hay acción, no hay producción de ninguna clase: hay la pura nada; ¿de dónde saldrá el ser? Intuitivamente se nos presenta pues, la verdad de la proposición: en la pura idea del no ser por sí sola, no sólo no vemos la posible aparición del ser, sino que vemos la imposibilidad de la aparición. Son ideas que se excluyen: el no ser no es posible, sino con la exclusión del ser y viceversa."

La luminosa palabra del filósofo español irradia luz clarísima.

La verdad del axioma se impone.

Si pensamos en una acción productiva, ó la referimos á la cosa que del no ser ha de pasar al ser, ó la referimos á otra distinta.

Si lo primero, caeremos en monstruosa contradicción: suponemos acción y no la suponemos, porque no hay acción en el puro nada, suponemos que la cosa es causa antes de ser.

Si lo segundo, pensamos ya la causa: pues

causa no es otra cosa que lo que produce el tránsito del no ser al ser.<sup>1</sup>

La evidencia de estos principios revela la pobreza del positivismo y pone en clarísima luz la consoladora verdad de la existencia de Dios.

Ya esto bastaría; pero es necesario, dada la pertinacia de la escuela positivista en llamarse la ciencia, en su última y más brillante manifestación, convencerla de falsedad cuando afirma que la ciencia moderna ha demostrado que Dios no existe ó que no puede conocerse.

La creencia en la existencia de Dios, á despecho de las negaciones de los ateos, es una creencia absolutamente científica, cuya necesidad se impone con el mismo título que los principios fundamentales de la ciencia. Es falso que la ciencia moderna haya demostrado que Dios no existe ó que nosotros no podemos conocerle.

En el magnífico desenvolvimiento de las ciencias á que asiste nuestro siglo, nada ha venido á debilitar esa creencia, fundamento de toda moral como de toda religión, y que es la única que da valor á esta vida y puede ayudarnos á separar sus pruebas.

<sup>1</sup> Balmes.

Por el contrario, todos los descubrimientos modernos, todos los nuevos hechos adquiridos por la ciencia, no han hecho más que dar nueva certidumbre á la fe en la existencia de Dios, y nos permiten inscribirla como uno de los principios indiscutibles, como el axioma fundamental de la ciencia.

Dios es el principio del ser, la fuente de la vida, la ley suprema é inteligente que dirige todas las cosas.

La ciencia es la investigación de las causas y de las leyes que rigen el universo y la vida.

La relación entre estos dos términos, *Dios, la ciencia*, se palpa desde luego.

Para el sabio como para el filósofo, Dios es la ley suprema, de la que derivan las leyes secundarias que la ciencia nos hace conocer, que las coordina, que las explica.

En la base de todas las ciencias naturales se encuentra un principio fundamental que permite explicar, coordinar, relizar entre sí los fenómenos y los principios secundarios de cada una de estas ciencias.

Así, todos los fenómenos de óptica, reflexión, refracción, difracción, polarización, se explican

admirablemente por los movimientos vibratorios de un medio especial, que se extiende á través de los espacios siderales en todo el universo visible, y que se llama *éter*.

Jamás se ha podido tocar el éter, ni han podido determinarse sus propiedades directamente.

Sin embargo, la existencia de este elemento desconocido es el fundamento de una de las ciencias más perfeccionadas que existen, á tal extremo que aplicando el análisis matemático al estudio de todos los movimientos vibratorios del éter, se han podido explicar no sólo todos los fenómenos conocidos de la óptica, sino prever otros que jamás habían sido observados y cuya existencia ha venido á confirmar la experimentación.

Por eso uno de los físicos más eminentes de nuestro días ha podido decir:

“La teoría del movimiento vibratorio de la luz es, humanamente hablando, cierta, y todo lo que de ella se deriva es también cierto. Es, pues, seguro que todo el espacio que nos rodea está lleno de una sustancia capaz de entrar en vibración, el éter.”<sup>1</sup>

Los trabajos de Maxwelle, las recientes expe-

<sup>1</sup> Hertz.



riencias de Hertz y de Røetgen, tienden á hacer admitir que el éter no es solamente el medio propagador de la luz, sino también el de la electricidad y sin duda el de las diferentes formas de la energía.

Se ha discutido y se discutirá todavía por mucho tiempo, sobre la naturaleza del éter que hace papel tan considerable en la ciencia moderna.

¿Es acaso un medio material, de una naturaleza especialísima ó, como se le ha llamado por mucho tiempo, imponderable?

¿Es una especie de polvo cósmico, de una densidad tal que no reduce de manera sensible las velocidades de los cuerpos, que se mueven en el espacio sideral?

¿Es, como lo indica Hirn, una sustancia intermedia entre la materia y el espíritu?

La ciencia aun no da solución á estas cuestiones.

Los filósofos y los sabios cristianos á quienes se reprocha el que crean en la existencia de un Dios, que nadie ha visto, ni se ha manifestado jamás á los sentidos, pueden muy bien responder á sus adversarios, que ellos mismos se ven

obligados á admitir la existencia de un principio, de un principio invisible, que como Dios, no puede caer bajo nuestros sentidos, y de una naturaleza de tal modo misteriosa que no se sabe si pertenece á la materia ó á una sustancia desconocida.

La ciencia, por lo visto, no rechaza la existencia del éter, porque es desconocida: no es científico, entonces, desechar un elemento por que no se conoce.

¿Con qué título, pues, los positivistas, eliminan á Dios de los campos de la ciencia, sólo porque es, como ellos le llaman el "*Incognoscible*."

La iniquidad se desmiente siempre á sí misma: *mentita est iniquita sibus*.

---

Es enteramente seguro que existe el éter y que todo el espacio está lleno de esa sustancia capaz de entrar en vibración.

No se conoce lo que es: la ciencia, sin embargo, no solamente no lo niega, sino que proclama su existencia como un hecho indiscutible.

No es, entonces, científico negar la existencia de un ser, sólo porque no se conoce.

La astronomía nos ofrece un ejemplo no menos palpitante de uno de esos principios fundamentales, cuya existencia es universalmente admitida, por más que no se le pueda concebir, ni comprender. De todos es conocido el gran principio introducido por Newton, en la ciencia moderna: todos los cuerpos se atraen según una ley sencilla que está en razón directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias.

Todos los sabios consideran esta ley como el fundamento inquebrantable de la mecánica celeste y de la filosofía natural.

Esta ley, desenvuelta por el cálculo y aplicada al estudio del movimiento de los astros, ha conducido á resultados cuya concordancia con los fenómenos conocidos, es maravillosa.

Ha permitido también esa misma ley descubrir *a priori* la existencia de un planeta desconocido, en los confines de nuestro sistema solar.<sup>1</sup>

La existencia de ese principio está, de consiguiente, reconocido por la ciencia,

Pero, ¿qué cosa es ese principio que así se ma-

1 Courbet—Necessité scientifique de l'existence de Dieu.

nifiesta al derredor de nosotros en la superficie de la tierra, y se hace del mismo modo sensible en las profundidades insondables del espacio?

¿De qué manera obra la atracción sobre los cuerpos que nos rodean?

¿De qué modo ejerce su actividad sobre los mundos del cielo, y qué hace para ligar los unos á los otros en los espacios sin medida que los separan?

La ciencia aun no responde á estas preguntas.

Hay más, el principio parece incomprendible.

Decir que un cuerpo atrae á otro, es lo mismo que decir que un cuerpo obra allí en donde no está.

Y ni el hombre, ni ningún ser, ni Dios mismo puede gozar de semejante facultad, que implica contradicción en los términos; porque un ser no obra, no es activo, sino allí donde está.

Hay más todavía: un sabio filósofo ha hecho notar que, según esta misma ley de atracción, dos cuerpos en reposo deben atraerse, es decir, ponerse en movimiento.

Resultaría, entonces, que el movimiento saldrá de un cuerpo inerte é inmóvil, que el movimiento saldrá del reposo, lo cual es contrario al principio

de la inercia de la materia y á esta gran ley de la naturaleza: que lo más no puede salir de lo menos.

Los principios de las ciencias, las nociones fundamentales en que ellas descansan, son desconocidas en su esencia é incomprensibles también en sus relaciones con nosotros.

¿Qué es el espacio?

No es más que la extensión misma de los cuerpos, responden los filósofos.

Si esto es así, la extensión carecerá de recipiente, es decir, no tendrá lugar en que colocarse.

Esto parece hallarse en contradicción con nuestras ideas más comunes; pues por lo mismo que concebimos una cosa extensa, concebimos también la necesidad de un lugar igual á ella, en que pueda caber y situarse.

¿Qué es el movimiento?

Es el cambio de posición de los cuerpos.

Entonces un cuerpo solo no puede moverse: el movimiento encierra, por necesidad, el correr distancia y no hay distancia cuando no hay más que un cuerpo.

¿Qué es el tiempo?

“Si no me lo preguntan, respondía San Agustín, lo sé; si lo quiero explicar, no lo sé.”

“Digo sin embargo, con seguridad, agrega el Santo Doctor, que si nada pasara, no habría tiempo pasado; que si nada viniera, no habría tiempo venidero; que si nada existiera, no habría tiempo presente.”

“¿Cómo existen, entonces, continúa, aquellos dos tiempos, el pasado y el futuro, cuando aquel ya no existe, y éste aún no llega?”

“Si el presente fuera siempre presente, y no se cambiase en pasado, ya no sería tiempo, sería eternidad.”

“Si, pues, el presente no es tiempo, sino porque se hace pasado, ¿cómo diremos que existe, cuando su existencia no tiene otra causa que la necesidad misma de no existir ya?”

Casi impenetrables son para la existencia humana estos abismos.

El mismo Herbert Spencer afirma que son desconocidos en su esencia y en sus relaciones con el hombre.

Y sin embargo, el espacio y el tiempo, el movimiento y la energía, son las bases inquebrantables de la ciencia.

Afirmar entonces que la ciencia debe desechar á Dios porque no se le puede conocer, es afirmar